No entendí, ni me moví del sitio.

—¿Qué espera? me preguntó.

—Lo que usted mande.

—¿El castigo?

Callé inclinando la cabeza con humildad.

—Váyase, le perdono.

Me pareció que soñaba, no encontré qué decir, y sin saber por qué, me dieron ganas de llorar.

Llegaba ya á la puerta, cuando oí la voz del rector.

—Un consejo, me decía; guarde reserva sobre esto. Vale má que no se sepa; no le honra.

Hice una señal afirmativa con la cabeza, y salí de la Sala, no sé si más agradecido que humillado, ó más humillado que agradecido.

VI

Cumplí la recomendación y guardé silencio largos años; hoy lo rompo, lector, por darte esta prueba de confianza, y porque sé que eres discreto.

Por tu vida que á nadie se lo digas.

"PIA."

A Angel de Campo.

I

Llamábase Pía la niña encantadora cuyos puros hechos voy á relatar en esta historia brevísima. Si recibió tal nombre por azar del almanaque, preciso es convenir en que acertó el acaso, porque había entre Pía y su nombre consonancia perfecta.

No siempre corresponde la etiqueta al contenido del frasco. A veces, bajo título halagador fermentan en cárceles de cristal brevajes inmundos ó tósigos mortales, que trastornan el cerebro y corroen las entrañas; otras, empero, hay verdad en el anuncio, y al amparo de hermosos letreros, ocúltanse perfumadas ambrosías que deleitan el paladar y regocijan el espíritu.

Así pasa también con la etiqueta humana.

Pía era lo que su nombre indicaba: mansa, buena, llena de anhelos divinos y de santa confianza en lo ignoto y ultraterreno. Como viven las aves posadas en las copas de los árboles, ó en los aleros de los tejados, ó en las torres de las iglesias, cuando no hienden el azul espacio y trazan líneas invisibles por la atmósfera; como va el céfiro siempre de paso, soplando por la tierra é impregnando las alas en el perfume de las flores; como duermen las nubes en la cumbre de la montaña, y flotan en la altura purísima, por donde suben como el incienso: así moraba Pía en cimas ideales, atraída por el secreto imán de un sublime destino.

¿Por qué, cuando apenas comenzaba á balbutir las primeras palabras, fijaba ya las inocentes pupilas en las santas imágenes, como si la moviesen á ruego y adoración? ¿Por qué, cuando pequeña, oraba todos los días con las manitas juntas, en la actitud de los ángeles de Fra Angélico de Fiésole? Nadie podría explicarlo, porque en aquella edad bendita en que no tenía idea de lo que era malo, no podía pedir perdón por culpas que no había cometido, ni tenía que implorar ayuda para la lucha que aun no había principiado. Pero su inclinación natural llevábala á esas expansiones místicas, que fueron instinto de su infancia, y arrobo y ensueño de todo el resto de su vida.

II

Nada hay tan hermoso como una virgen el día de sus bodas. El albo traje que aprisiona su talle fino y gracioso, deslumbra los ojos y fascina el espíritu; la guirnalda de níveos azahares que corona su frente, es símbolo de sus pensamientos castos; el velo sutil que la envuelve, es figura del pudor que embarga sus tímidos movimientos de doncella. A través de la blanca gasa, vislúmbranse los suaves contornos de su rostro, las encendidas rosas de sus mejillas, la grana de sus labios, el marfil de sus dientes y el medroso fulgor de sus ojos, cual se distinguen la luz y el cintilar de las estrellas entre el tenue albor de las nubes. Son las desposadas, sacras figuras; recuerdan á las diosas medio veladas de los antiguos misterios.

Así apareció Pía á los ojos de la multitud, el día en que dió á Alvaro la mano de esposa.

Mientras aquella pareja de predilectos de Dios se mantenía arrodillada ante el altar, unida por el lazo emblemático que encadenaba sus cuellos, y en tanto que las notas de la marcha nupcial llenaban el templo de arrobadora armonía, soñaban las circunstantes con una dicha casta y úni-

ca, anhelo vivísimo y afán constante del corazón humano en este valle de lágrimas.

III

No se concibe felicidad cumplida para los esposos, cuando Dios no les concede sucesión. Es tan poderoso el deseo de los que se aman, de ver sellado su cariño con el advenimiento de un sér complexo, que tenga algo de ambos y reuna la naturaleza física y moral de uno y otro; es tan irresistible el afán de ver á su amor tomar cuerpo y hacerse carne, y adoptar, como todos los amores, la forma de un niño hermoso, que cuando Dios no les otorga esa dicha, estiman defraudadas sus esperanzas, y se miran con pena y como avergonzados de sí mismos. Y llevan en el pecho un vacío que nada puede llenar, y en el alma el despecho de una ilusión desvanecida.

Alvaro y Pía vieron satisfechos sus deseos con la venida al mundo de dos preciosas criaturas, Julio y Elena. Más que niños, semejaban avecillas parleras que llenaban su hogar de trinos y gorgeos; así que pasaban los felices padres hora tras hora arrobados en la contemplación de

sus hijos, y cuando los miraban agitar las manitas y sonreir alegremente al espacio, como si tuviesen visiones del cielo, no se hubieran cambiado por los reyes más poderosos de la tierra.

IV

La máquina admirable de aquellos frágiles cuerpecitos fuese desarrollando en virtud de ley misteriosa, que á la vez que alimentaba la vida, promovía el incremento de los órganos, encendía la luz de la inteligencia en el cerebro y hacía brotar en el corazón la llama del sentimiento.

Pronto, muy pronto, como pasan todas las cosas de la vida, como pasa la vida misma, aquellas criaturas pequeñas, incapaces de voluntad y de pensamiento, fueron saliendo del sopor que las embargaba, y despertaron á la existencia como extranjeros recién llegados á tierra desconocida.

Creció Julio bello de espíritu y de cuerpo. Tenía almita de artista; cantaba por propia inspiración con acento tan tierno, que causaba emoción el escucharle, y era tan amante de la oración como los bienaventurados que cercan el trono del Todopoderoso. Entraba en los templos como si fuese á una fiesta, y elevaba á Dios el

alma pensando y pidiendo quién sabe qué cosas luminosas y puras. Y causaba á modo de espanto mirar lo que hacía, porque se vislumbraba en el cerebro del niño un abismo de ideas sorprendente á sus años.

Elena era igualmente adorable. Tímida y dulce como una corderilla, no tenía más afán que halagar y querer á sus padres. Buscaba su calor á todas horas, por todas partes; llamábalos sin cesar, y no quería que se le apartasen un punto. Era tan cariñosa, que cuando no lograba besarles y acariciarles el rostro, acariciábales y besábales las manos ó las ropas, con inefable devoción y ternura. Era la sombra de Pía: por donde ésta andaba, iba también ella, ambas en eterno coloquio. Volcaba Elena en sus pláticas el ánfora celestial de sus gracias é inocencias, y la madre iba formando poco á poco, y sin que se echase de ver, aquel tierno corazón, á imagen y semejanza del suyo, que era todo amor, pureza y plegaria.

Nada había más hermoso para Alvaro que hallar todos los días á los niños al volver del trabajo, apostados en el balcón, á manera de atalayas, para distinguirle desde lejos. Al columbrarle, gritaban llenos de júbilo: "¡papá!" "¡papacito!;" y bajaban corriendo la escalera para encontrarle en la calle, y le abrazaban las rodillas, y se le colgaban de las manos.

Y eran felices los esposos en medio de

aquel paraíso, donde todo hablaba de paz, amor y contento. Alvaro embelesado, no se cansaba de repetir al oído de Pía y en presencia de los niños, aquellos hermosos versos de Lamartine, ligeramente parafraseados:

¡Son un rayo de sol en mi ventana,
Una fiesta perpetua en mis hogares!

Y suspiraba volviendo los ojos al cielo, lleno de gratitud, porque su pensamiento era una constante acción de gracias al Todopoderoso.

Mas Pía llevaba en el corazón el torcedor de un pensamiento triste. En medio de su felicidad, sentía pasar sombras fatídicas por su mente.

—Somos dichosos, se decía; pero ¿si la muerte viene á destruir este cuadro tan bello?

Y sentía que se le helaba la sangre sólo al pensarlo. Escapábase de entre su esposo y de sus hijos, y se refugiaba sollozando en su alcoba, donde se postraba de hinojos ante la imagen ensangrentada de Cristo, y le pedía gracia, sin saber por qué, anonadada por un terror confuso. Pero sucedíale que al decir, rezando, las palabras "hágase tu voluntad," figurábasele que iba á perder á sus hijos, y lloraba mucho y sin consuelo. No obstante, después de

lucha dolorosa, repetía desfallecida: "¡hágase tu voluntad!"

Una de tantas veces como dejó Pía á los suyos para irse á orar y gemir á su aposento, echólo de ver Alvaro, y fuése tras ella para averiguar la causa de su ausencia. Hallóla arrodillada ante el Crucifijo, con las manos enclavijadas y bañada de lágrimas.

—¿Qué pasa?, interrogó alarmado.

—Nada, repuso ella; no me lo preguntes; son cosas de loca.

—Confíame tus penas, porque quiero endulzarlas ó partirlas contigo. Sabes que somos compañeros para la dicha y la desdicha.

Resistió Pía largo tiempo hacerle aquella confidencia, porque no quería amargarle su felicidad; pero tanto rogó Alvaro y con tan finas y cariñosas instancias, que al fin tuvo que ceder y le contó cuáles eran sus íntimas congojas.

—¿No es más que eso?—repuso el joven después de haberla escuchado. Pues no te atormentes, alma mía, porque nuestra dicha es purísima y agradable á los ojos de Dios. El nos la ha de conservar.

Pero Alvaro mismo, desde entonces, vió turbados sus mejores momentos por la angustia de esos mismos temores; y sucedía que, mientras él y ella estaban cogidos de la mano mirando á los niños desplegar el tesoro de sus gracias, caían en hon-

dos abismos de tristeza, y por una cruel irrisión de la suerte, sentían más grande la pena, á medida que su goce era más vivo.

V

Un día enfermó el niño. No era nada, una calentura pasajera; pero los padres se alarmaron como si hubiesen escuchado la voz lejana de la tempestad. Y sucedió que la calentura fué rebelde á toda medicina. Siguió su curso paso á paso, como el incendio que comienza por ser chispa, y luego se convierte en llama, y acaba por trocarse en tromba devastadora. Así aquella fiebre lenta fué aumentando en intensidad gradualmente, como si las drogas y los cuidados le hubiesen servido de combustible. Soportó el niño por unos días sin doblegarse, la acometida de aquella dolencia; pero luego se fué extenuando rápidamente. Perdió su rostro los lozanos colores que antes ostentaba, brillaban sus ojos hermosísimos con el delirio de la fiebre, hundiéronsele las antes redondas mejillas, y su boca pequeña tornóse lívida y sedienta, como la de un caminante del Sahara.

Pía no abrigó ni un momento la esperanza de salvar á Julio.

—¡Se muere, se muere!, decía llena de espanto.

Y se arrodillaba y besaba el polvo, pidiendo misericordia. Rogaba por la vida de su hijo; pero al tropezar en sus oraciones con la frase "hágase tu voluntad," trastornábasele la razón, y no acertaba á terminar la plegaria. Incapaz en su aturdimiento, de dar forma á las ideas y á los sentimientos que se agolpaban á su cerebro y á su corazón, acababa por abandonarse en manos de Dios, y repetía con e alma llena de angustia, pero confiada en la bondad infinita: "¡hágase tu voluntad!"

—No sé pedir, decía para sí. Dios sabe lo que hace y lo que conviene. A pesar de mis dolores y de mi martirio, debe prevalecer su voluntad soberana. ¡Que sea lo que El quiera!....

Y al cabo espiró Julio, después de largos días de sufrimiento, con los ojos fijos en el cenit, y murmurando frases misteriosas en que se juntaban la Virgen Santísima, los ángeles y sus padres, como si todos fuesen habitantes del mismo reino.

VI

¡Al menos quedó Elena, que era tan cariñosa y tan dulce! La pobre niña semejaba comprender las congojas de sus padres, conforme los acariciaba y les sonreía con ahinco redoblado. Por aquellos días parecieron despertar su inteligencia y avivarse sus afectos; discurría cosas admirables, y era más tierna y fina que nunca. A su lado hallaron Alvaro y Pía inmenso consuelo, pensando que aquella criatura reunía el alma de sus dos hijos, y que los quería por sí y á nombre de Julio. Y se consagraron desde entonces á ella con mayor y enardecido cariño, y todos sus proyectos y los latidos todos de su corazón convergieron hacia ella.

—Ahora que hemos perdido á Julio, decía Alvaro con lágrimas en los ojos, es preciso querer á Elena por él y por ella. ¡Es lo único que nos queda! Dios nos la ha conservado para nuestro consuelo.

Más Pía estrechaba á su hija contra el corazón, como si quisiera defenderla de un enemigo invisible.

Pasó algún tiempo, y los esposos comenzaron á entrar en sosiego, no porque se olvidasen un punto de su hijo muerto, sino porque habían reconcentrado sus

afectos en la dulce niña que tenían á su lado. Como el náufrago restituído á la playa, acaba por serenarse y por no pensar en los horrores de la tormenta, así Alvaro y Pía fueron perdiendo de vista poco á poco los rasgos más terribles de la pasada tragedia, para caer en un nuevo éxtasis de amor paternal. Bellos colores mostraba en el rostro la niña; echábase de ver en sus ojos el fuego de una infancia dichosa, y en todo ostentaba la fuerza de una salud floreciente. Las aprensiones que por largo tiempo habían atormentado á los padres, acabaron por disiparse á la vista de tanta robustez y lozanía. Confiaban al fin en que Elena, su encanto y su consuelo, los acompañaría mientras durase su peregrinación por la vida, y cerraría sus ojos con mano piadosa, cuando sonara para ellos la hora del eterno descanso.

Pero, como suele desprenderse el rayo de un cielo sereno, con asombro y terror de cuantos le oyen ó miran, así llegó la catástrofe de improviso al hogar de aquellos confiados esposos. Una mañana, al despertar, vió Pía encendido el rostro de Elena, y al tocar sus mejillas, sintiólas tan ardientes, que le abrasaban la mano. Tosía y respiraba fatigosamente la niña. En vano procuraron darse ánimo los míseros padres, pensando que todos los niños enferman, y que su enérgica vitalidad se sobrepone á uno y á otro con-

tratiempo; en el fondo de su corazón se levantaron dolorosos un espantoso recuerdo y un presentimiento cruel.

Volvió con esto Pía á sus antiguas luchas de lágrimas, temores y ruegos, y no hacía más que velar á la niña, y pasar las horas de rodillas ante la imagen de Jesús. Y otra vez, y otra, revolvió en su pensamiento la frase humilde y abnegada: "¡hágase tu voluntad!," repitiéndola con acento de mártir. No pueden ser pintadas ni comprendidas sus congojas. Quería á Elena con todo el corazón, y no concebía sin ella la existencia. Para salvarla de la muerte, habría permitido que la atormentaran, hubiera dado mil veces la vida. El verla sufrir le despedazaba el corazón. ¿Qué había hecho aquella inocente para merecer tan crueles tormentos? Faltábale la respiración, silbábale la garganta, amoratábasele el rostro: parecía que le oprimía el cuello un dogal que á cada momento se iba apretando más y más. Revolvíase en el lecho, como los defensores de la fe en las parrillas donde los quemaban los gentiles, y agitaba las manos pidiendo socorro contra la asfixia que la sofocaba. Miraba á sus padres con ojos de súplica, esperando de ellos auxilio y salvación. ¡Como que estaba acostumbrada á que la protegieran en todo, y la salvasen de todos los riesgos! Y la hubieran salvado á cualquiera costa, si hubiesen

podido salvarla, porque no anhelaban otra cosa ni le pedían á Dios más que eso. Si les hubiera sido dable libertarla del mal haciéndolo suyo, ahogándose, cortándose el aliento con horribles angustias, ¡con cuánto placer hubieran trocado su salud por aquellos padecimientos y aquella agonía! Hubiéranse acercado á su boquita anhelante, y absorbido las emanaciones deletéreas que exhalaba, hasta caer extenuados y moribundos, para que ella se levantase otra vez sana, otra vez fuerte. Pero nada de eso era posible. A ellos, que tanto la amaban, no les era permitido más que ser mudos espectadores de su inmolación. No podían luchar; no veían al enemigo. No podían ofrecerse en holocausto; no había quien aceptara su sacrificio.

Acercábase Pía á la camita donde se retorcía Elena en las torturas de la sofocación, y la llamaba con tiernas palabras, preguntándole lo que sentía. Pero se espantaba al oirla, porque de aquella garganta infantil, manantial de notas argentinas, desprendíanse acentos roncos y desgarradores, que no parecían pertenecerle.

No hay para qué relatar punto por punto los trágicos sucesos que se desarrollaron en aquel hogar con rapidez vertiginosa, ni para qué decir cómo fué aumentando la angustia de la inocente, cómo se

le fué cerrando la garganta y cómo le fué faltando el aire respirable. ¡Imposible detener la marcha precipitada de aquella dolencia! En vano se apoderaron los doctores de aquel cuerpecito exánime, y le abrieron la tráquea para que respirasen los pulmones; no fué eso más que una tregua, porque el mal había invadido los órganos profundos de la respiración, y no fué posible seguirle á un sitio tan recóndito.

¿Cuál no sería el sufrimiento de aquellos padres infelices, que perdían el único consuelo que les quedaba en la vida, su refugio, su amparo y su esperanza? Agitábanse como enajenados por los aposentos, acudiendo con las medicinas, abriendo puertas y ventanas, interrogando á los médicos con labios lívidos, cayendo de rodillas á cada momento. La servidumbre lloraba consternada. Elena era el encanto de cuantos la conocían; la mimada de todos; la alegría del hogar. Ante cada imagen bendita había quien suplicase; por donde quiera resonaban plegarias.

—¡Madre de los desamparados, sálvala!

—¡Jesús crucificado, ten piedad de nosotros!

—¡Señor, un milagro!

Tales eran las voces y preces que resonaban por la casa, en medio de sollozos y gemidos.

Pero todo fué inútil; estéril la lucha, impotentes las oraciones y las lágrimas. El Omnipotente había decretado el fin de aquella tierna existencia, y no fué posible alcanzar la revocación de su fallo.

Como cordero sacrificado espiró Elena blandamente, presa de letargo profundo, que acabó por convertirse en muerte. No penetró ya á su pecho ni un átomo de aire; una mano de hierro se lo oprimió hasta dejarla exánime.

Los míseros padres quedaron como petrificados ante el cadáver de su hija. Allí estaba la niña encantadora, luz de sus ojos, centro de su dicha, resumen de sus ilusiones; allí estaba, inmóvil y aterida, helada y muda para siempre. Amoratado el rostro, contraída la boca, apagados y entrecerrados los ojos, parecía combatiente vencido en terrible batalla; y más aún lo parecía, por la ancha herida abierta que mostraba en la garganta, y por la sangre que manchaba sus ropas. ¡Vencida! ¿No había de serlo, si era tan pequeña? ¡Vencida! ¿No había de serlo si era tan débil?

No les quedaba nada sobre la tierra.

¿Qué iban á hacer en aquella soledad tan espantosa? ¡Adiós los juegos, las risas, las alegrías de antes, de ayer, de hacía todavía pocas horas! La tristeza y el silencio se habían despeñado de un golpe sobre su hogar, antes tan dichoso; y más que

sobre su hogar, sobre sus corazones mudos de espanto y desfallecidos por la angustia.

VII

Desde que el sacerdote bendijo la unión de Alvaro y Pía, fué creciendo el amor de éstos, momento por momento. Ni la costumbre de verse, ni la posesión de la dicha, ni los contratiempos de la vida lograron enturbiar sus afectos; antes bien, todo cuanto plugo á Dios mandarles de dicha ó de desdicha, fué robusteciendo poderosa y gradualmente los vínculos de su cariño. Eran tan leales y buenos, comprendíanse de tal modo, sabían á tal punto apreciar su mutua nobleza, que su vida en común agrandólos á uno y á otro á sus propios ojos, elevándolos é idealizándolos á un mismo tiempo. Sus almas eran gemelas: Dios las había criado para que se entendiesen y se amasen. Así se lo decían á cada momento, en medio de los transportes de su amor.

¿Qué habrían hecho en su soledad, si no se hubiesen querido tanto? Causábales espanto pensarlo. Consolábanse con palabras cariñosas, y mostraban tal solicitud por aliviarse sus dolores, como si cada cual no

los sufriese, y tuviese por única misión enjugar las lágrimas del otro. Juntos evocaban los recuerdos de sus hijos, lloraban pensando en ellos, y se pasaban de boca á boca, los mechoncitos de pelo ensortijado que ella había cortado sobre la pálida frente de los niños.

Así descansaban de sus penas, comunicándoselas y confundiendo sus lamentos y sus lágrimas. Para eso se habían elegido por compañeros: para gozar y para sufrir el uno al lado del otro. Juntos para el amor y para el dolor; juntos para reir y para llorar; juntos en la felicidad y en la desventura: ¡juntos, siempre juntos! Hallaban un placer melancólico en ser tan desventurados, y en encontrarse unidos en el mismo duelo; los dos con igual título para llorar, ambos igualmente desgraciados. El infortunio había apretado más y más los lazos que los ligaban; se sentían consagrados por el sufrimiento, llevando en la frente la corona de espinas de una misma pasión.

VIII

Pero la suerte de Pía fué más infausta que la de Alvaro, porque éste llegó más pronto que ella al cabo de la vida. ¡Qué días tan crueles y qué noches tan angus-

tiosas pasó ella junto al lecho de su esposo moribundo! Largo fué el combate, porque la juventud de Alvaro luchó heróicamente con la muerte, y porque Pía le escudaba con su amor y con sus tiernos cuidados; pero venció al cabo la inexorable, porque todo lo vence en este mundo. Y al fin la joven quedó sola, como golondrina rezagada, que no párte con sus compañeras en seguimiento del sol, y se pára temblando en rama de árbol sin hojas, mientras sopla el cierzo iracundo y cubre los campos el sudario del invierno.

Cerró los ojos de su amado con mano conmovida; besóle la noble frente, y allí mismo, al pie del lecho mortuorio, murmuró con la vista puesta en la altura, la eterna frase de su heroísmo:

—"¡Señor, hágase tu voluntad!"

IX

Todo tiene fin en este mundo perecedero, las risas como los sollozos, la felicidad como la desgracia. La soledad, el abandono, el inmenso infortunio de Pía, fueron minando su salud lentamente, hasta que al fin llegó para ella el día del eterno descanso.

Pasó la viudez pensando en los que tan-

to había querido y que ya no eran; y no volvió á sonreir, ni buscó medio de aliviar su pesadumbre. Entregóse á ella sin reserva, porque, como Raquel, no quería ser consolada. Su ilusión única fué desde entonces salir de este mundo de llanto y de tristeza. Vivió contemplando, acariciando y besando las dulces prendas que pertenecieron á aquellos seres inolvidables, y en constante coloquio con sus espíritus. No le separaba de ellos más que la gastada envoltura que la envolvía; pero con placer la vió irse debilitando diariamente, hasta que su alma inmortal pudo sacudirla y tender las alas por el espacio.

Murió Pía abrazada á un Crucifijo, con los labios pegados á sus pies benditos y taladrados por crueles clavos. Aun no se desprendía de la tierra su espíritu, cuando una gran explosión de luz brilló ante sus ojos. Suaves fragancias llegaron hasta ella, y el aire resonó con acentos de inefable música. Y sonrió tendiendo las manos hacia arriba, y murmuró con inmenso júbilo:

—¡Alvaro, Julio, Elena!

Y cerró los ojos para siempre.

———

LUZ DE RAYO.

A Salvador Diaz Miron.